

Propuesta presentada a reunión de docentes de la Escuela de Artes Plásticas de la Universidad Nacional, Sede Bogotá el 7 de mayo de 2021. Miguel Huertas

Apreciadxs colegas.

Me dirijo a ustedes con una propuesta muy concreta para considerar en nuestra reunión de hoy.

Las autoridades de la universidad deben decretar suspensión inmediata de las clases (de todas, incluyendo los posgrados) y, en su reemplazo convocar en los mismos horarios a un acompañamiento permanente del cuerpo docente a todo el estudiantado para liderar un movimiento de recuperación del tejido comunitario de la Universidad Nacional de Colombia y, a través de este movimiento, intentar recuperar algún tipo de liderazgo social como un aporte necesario en el momento de crisis generalizada que atraviesa la sociedad.

Tenemos como docentes que considerar seriamente los siguientes elementos:

Se cumplió hace dos meses un año de medidas punitivas de confinamiento y restricción de la vida social, con la justificación de una pandemia y la consigna de que lo prioritario era la vida. Pasado todo este tiempo y atravesando el “tercer pico”, está completamente demostrada la incoherencia e ineficacia de esas medidas, que la Universidad Nacional acató con una ortodoxia mayor que cualquier otra institución educativa.

Socialmente, estas medidas generaron un estado de postración económica que han golpeado más duramente a los sectores populares, quienes son los principales usuarios de la educación pública, sin que la Universidad Nacional haya hecho una sola denuncia o exigencia al gobierno local o nacional para cambiar eso.

Como resultado de esta situación, se ha generado un verdadero fenómeno de locura colectiva que nadie puede desconocer, y mucho menos las universidades públicas que deberían estar liderando una reflexión serena y profunda sobre este fenómeno que multiplica la desesperanza general; la depresión generalizada y las tasas de suicidios son signos suficientes de la catástrofe social que genera el someter a las poblaciones a la inmovilidad.

A las causas endémicas de descontento en Colombia (inequidad, corrupción, nepotismo, clasismo) se sumaron las ya mencionadas en el periodo de la pandemia, que no da señales de terminar pronto, debido a la caótica e ineficiente política de vacunación, de manera que vivimos un estallido social innegable que la Universidad de la Nación no puede seguir ignorando. No podemos admitir que la Universidad continúe con la política de mantener a toda costa la programación de clases como su única misión social.

Hay cosas mucho más importantes que debe estar pensando la Universidad. En el día de hoy, se habla de 26 muertos, más de 80 desaparecidos y un caos en los diferentes aspectos de la vida social.

Si bien podemos reconocer la importancia del movimiento social de protesta y acción, debemos también reconocer que la violencia en las calles contiene muchos más elementos, algunos de los cuales nos permanecen ocultos.

Cualquier persona que esté hoy en las calles debe saber que ésta es el escenario de muchos intereses, en un rango que va desde la lucha necesaria y legítima de una ciudadanía hastiada

del maltrato criminal de un régimen que abiertamente reivindica una política social basada en dar privilegios a los ricos y poderosos, hasta los oportunismos y parasitismos de grupos que persiguen sus propios intereses políticos y/o delincuenciales.

En esta situación, uno de los sectores que más riesgo corre es el de la juventud, y, en particular, aquella que se interesa sinceramente por la situación y desea participar, pero sin tener necesariamente la mejor guía para reconocer a qué intereses puede estar sirviendo su acción y presencia y, por lo tanto, requiere de un acompañamiento reflexivo que contribuya a fortalecer su mejor criterio, pues nadie puede tomar decisiones por ella.

Esa es, justamente nuestra misión. En tiempos de paz o de guerra. En instituciones privadas o públicas. En cursos de ciencia o de arte. El trabajo pedagógico nos debe configurar como interlocutores serenos, respetuosos, rigurosos, que es lo que más se necesita en medio de este caos social.

No bastan las asambleas. No basta el entusiasmo. No basta la indignación. No bastan las ganas de hacer algo. La acción política requiere reflexión y mucho estudio. Requiere serenidad e inteligencia. En estos momentos, más que en cualquier otro tenemos que cumplir nuestra misión pedagógica y la paradoja del momento es reconocer que no es necesariamente en las clases “normales” o manteniendo la parrilla de programación a la que ya nos comprometió el Sistema de Información Académica, como cumpliremos mejor nuestra misión.

Para recuperar su comunidad, a la que ha descuidado durante toda esta catástrofe, la Universidad Nacional debe decretar suspensión de clases y convocar a un movimiento fuerte y concreto de reflexión universitaria y política definida. Sabemos que nuestras gobiernistas y medrosas autoridades no lo harán y el estamento docente, autoconvocado, debe exigir en todas las instancias que eso pase y, en último término, decidirlo por sí mismo.

Si no hemos sido capaces de actuar como gremio defendiendo nuestro intereses colectivos, hagámoslo por el estudiantado, porque podemos temer que en medio de la confusión actual (creer en la unanimidad de intereses puestos en juego actualmente es una ilusión tremendamente peligrosa) resulten siendo carne de cañón en las calles porque su institución universitaria no fue capaz de ofrecerles un espacio deliberativo y su única propuesta visible sigue siendo continuar indefinidamente en estado de detención domiciliaria.